

LIBRO SEGUNDO

LOS CALIFAS LEGÍTIMOS

CAPITULO PRIMERO

EL CALIFATO

Por grave que apareciera desde el principio la última enfermedad del Profeta, su fin se presentó con inesperada rapidez despues de la aparente mejoría de la mañana del día mismo de su muerte. La mayor parte de la comunidad se había dispersado despues del servicio divino; el mismo Abu Bekr había regresado á su vivienda en el arrabal, y Fátima, la hija del Profeta, tampoco estaba junto al lecho de muerte de su padre: su esposo Alí, desde la historia del collar, estaba enemistado con Aischa, en cuya casa yacía Mahoma, y así es probable que se limitaran á meras visitas al enfermo. Solo Omar permanecía con Aischa junto al lecho de Mahoma cuando éste exhaló el último suspiro, y no debió de cojerle desprevenido la gravedad del suceso. Muy prudentemente había sabido impedir el día antes que se obedeciera el deseo del enfermo al pedir recado de escribir, y no es de suponer que dejara de pensar en los deberes que el funesto acontecimiento había de imponer al círculo de los íntimos del Profeta. Fuera cuales fueren, sin embargo, sus proyectos ó lo que hubiese convenido con Abu Bekr, el fallecimiento de Mahoma se había presentado tan de improviso, que nada se había podido preparar para asegurar el orden público ni siquiera para transferir sin demora la soberanía á un miembro adecuado de la comunidad. Y, sin embargo, esta última no estaba en situación de soportar ni por un solo momento la falta de una dirección generalmente reconocida. Los «compañeros de emigración» y los ansares se habían acostumbrado á obedecer los mandatos de Dios por la boca del Profeta; pero esta boca había enmudecido para siempre y no podía ya contener la envidia con que los de Medina miraban á los hijos de la Meca, los haschimitas (1), y á los mas íntimos consejeros de Mahoma que procedían de otras familias, como Abu Bekr y Omar. Era indudable que la causa del Islam no podía confiarse á mejores manos que á las de estos dos últimos, que estaban iniciados en todas las miras políticas del Profeta y que hasta en muchas de ellas habían influido en alto grado; pero no era tampoco menos cierto que el egoísmo personal de naturalezas enérgicas é irreflexivas, como las había á centenares en aquellas varias agrupaciones, no podía ser accesible en momento tan crítico á consideraciones mas elevadas.

Carecía además de toda autoridad para retrenar semejante egoísmo. Ciertamente el malogrado fundador de la religión había dejado á los suyos en el Corán trazada una línea de inequívoca seguridad para la fe y la conducta. Pero las

(1) Esto es, los deudos de la familia Haschim, á la cual pertenecía también Mahoma, particularmente su primo Alí y su tío Abbas, con los parientes y allegados de estos.

prescripciones del libro divino carecían de unidad: solo según lo habían exigido la necesidad del momento se habían reglamentado los asuntos religiosos y civiles por medio de sentencias aisladas; allí no se encontraba palabra alguna á la cual se pudiera uno referir para nombrar el sucesor del Profeta. Tampoco había adoptado Mahoma, durante su enfermedad, disposición alguna terminante respecto de este caso: que hubiese encargado á Abu Bekr su representación para dirigir las oraciones en la mezquita, así como anteriormente para presidir la caravana de los peregrinos, no tenía grande importancia si se consideraba que en aquella ocasión no le mandó leer en la Meca el importante decreto del «apartamento» sino que le puso como adjunto á Alí expresamente para este objeto. Era, pues, imposible encontrar solución para el caso fuera de la antigua costumbre del pueblo árabe. A este pueblo le era desconocido el principio de la herencia que en semejantes ocasiones tenemos nosotros á nuestra disposición; ni siquiera bajo la influencia de la soberanía bizantina y persa había podido echar fuertes raíces en Gassan y en Hira, y menos, por lo tanto, entre las tribus de la península propiamente dicha, acostumbradas á ilimitada independencia. Sucede frecuentemente que despues de la muerte de un caudillo que se ha distinguido por su arrojo y posición, recae la elección de los ancianos de la tribu en su propio hijo; pero semejante elección es solo debida á la consideración del individuo ó á los intereses de la tribu, sin que haya mediado presión alguna. Pero Mahoma no había dejado ningun hijo varon, y si Fátima, su única hija superviviente, gozaba de general respeto, era, en definitiva, una mujer, y no podía hacer valer su derecho en favor de su esposo Alí fuera del estrecho círculo de los haschimitas y otros pocos partidarios personales.

El que en la incertidumbre de estas circunstancias supiera proceder mas rápidamente, no hay duda que tendría en su favor grandes ventajas. A pesar de que Mahoma mas de una vez había anunciado la igualdad de derechos de todos los creyentes, entretanto, y mientras no se demostrara prácticamente aquella igualdad en los campos de batalla de la Persia y de la Siria, los señores de Medina, los «compañeros de emigración», los ansares y todos los demás que en los últimos tiempos habían ocupado un puesto en el círculo del Profeta, eran los dominadores, y la masa de las tribus árabes la de los dominados. Era, pues, natural que solo los primeros tomaran parte en la elección del nuevo soberano, esto independientemente de la imposibilidad de aguardar á que pudieran convocarse delegados de todas las partes del país. Quien fuese, pues, el primero en realizar un acto en Medina, ese tendría mayores probabilidades de éxito. Era de prever que tan pronto como se divulgara la fatal nueva se congregarian las varias agrupaciones de la población; importaba, por lo mismo, á Omar impedir la divulgación, á lo

menos hasta que tuviese junto á sí á Abu Bekr y un número respetable de «compañeros de emigración.» Por eso mientras que un mensajero de Aischa marchaba en busca de su padre, se dirigió Omar á los creyentes, que estaban todavía delante de la casa junto á la mezquita, á los cuales había ya llegado la noticia, y les declaró que solo algunos «hipócritas» se habían figurado que el enviado de Dios había muerto; que la noticia era falsa; que solo había sido, como en otro tiempo Moisés, separado de su pueblo por 40 días, trascurridos los cuales volvería y castigaria con la muerte á todos los que decían que él había muerto. Mientras se exhibaba en este sentido, llegó Abu Bekr, que luego se convenció de que era demasiado cierta la inesperada nueva. «¡Oh tú, por quien habría dado padre y madre; como me eras querido en la vida así me eres querido en la muerte!» diciendo estas palabras, besó la pálida frente de aquel que no solo había sido para él el enviado de Dios sino también el amigo mas antiguo y mas fiel. Pero reconociendo inmediatamente el imperioso deber de asegurar ante todo para el porvenir la obra á que se había consagrado la vida que acababa de extinguirse, se dirigió á toda prisa á la multitud congregada en la calle, mandó llamar á Omar, y recordando algunos pasajes del Corán que presentaban al difunto como un hombre como los demás, dijo: «El que haya adorado á Mahoma, sepa que Mahoma ha muerto; pero el que haya adorado á Dios, sepa que Dios es vivo y no muere jamás.»

Que Omar mismo creyera ó no en la verdad de su propio aserto, es seguro que no produjo el efecto deseado. Con la velocidad del rayo corrió la noticia por todos los barrios de Medina; pero mientras la mayor parte de los «compañeros de emigración» acudían presurosos á la mezquita para interrogar á los testigos presenciales y averiguar lo que proyectaban los jefes, los ans y jasadsch se precipitaron en una sala de asambleas, en la que se acostumbraba á deliberar sobre asuntos especiales de las tribus, y un pequeño tercer grupo se reunía en casa de Fátima, donde pronto se congregaron los demás hadschimitas y algunos otros amigos en torno de Alí y Abbas. Aunque se encontraban entre estos Talha y Es-Sobeir, dos de los principales creyentes, su número era, sin embargo, demasiado escaso para que intentaran imponerse de algun modo. Pero la mas dolorosa sorpresa se apoderó de los «compañeros de emigración», que ante la casa de Aischa aguardaban las disposiciones de Abu Bekr y Omar, cuando cundió de improviso el rumor de que los ansares se habían ya reunido en gran número y se ocupaban en aquellos momentos en elegir soberano de entre ellos mismos. No había tiempo que perder; inmediatamente se trasladaron los dos íntimos del Profeta con los fieles de la Meca á la casa de las asambleas, no pudiendo llegar mas á propósito: Ssa'ad Ibn Obada, desde la muerte de Ibn Ubay el primer hombre de los jasadsch, acababa precisamente de exponer en un corto discurso que la sucesión del enviado de Dios á nadie podía corresponder mas que á los que le habían prestado auxilio en la desgracia y en la persecución, y conquistado la victoria del Islam; y si bien se alzaron algunas pocas voces que desaprobaban que se procediese aisladamente sin contar con los mas antiguos adeptos de la fe, la opinión general se inclinaba á prestar en el acto homenaje á Ssa'ad. En aquel momento penetraron en la sala los «compañeros de emigración» llevando á su cabeza á Abu Bekr, Omar y Abu Obeida, hombre generalmente respetado por su piedad y carácter benigno. Abu Bekr tomó en seguida la palabra, y en términos templados y amistosos reconoció como se merecían los servicios de los hombres de Medina, pero declarando, al propio tiempo, que solo de entre los primeros compañeros del Profeta podía ser elegido el futuro jefe de

la comunidad. En contestación á este discurso, el jasadschita El-Mundhir propuso que cada uno de los dos bandos eligiera su propio caudillo; y cuando Omar, con su peculiar energía, combatió tan peligrosa proposición y manifestó que jamás los otros árabes acatarían un jefe que no fuera de la tribu del Profeta, la discusión comenzó á enconarse. Mientras Abu Obeida exhortaba á los ansares á la concordia, se levanta de improviso y con estupefacción de sus compatriotas el jasadschita Beschir, uno de los setenta de la Akaba y ferviente héroe de la fe, y se declaró resueltamente en favor de las pretensiones de los de la Meca. Abu Bekr aprovechó aquel momento de sorpresa general, y exclamó: «¡Aquí tenéis á Omar y á Abu Obeida; prestad homenaje al que queráis de los dos!» Ambos rehusan y le instan para que acepte él, como encargado por el Profeta de su representación para presidir las oraciones y el mas digno de todos; mientras vacila todavía Abu Bekr, el arrebatado Beschir corre hácia él y le da el ligero golpe en la mano derecha que, para los árabes, es la señal del homenaje. Los jasadschitas se muestran indignados; pero, por otra parte, los ausitas, que hasta entonces habían ocultado el descontento con que veían cómo sus antiguos rivales en el señorío de Medina procuraban otra vez ocupar el primer puesto, se ponen, á pesar de su corto número, del lado de Abu Bekr. Todos se agrupan en torno de sus respectivos caudillos; en la confusión por poco no es pisoteado Ssa'ad, que, enfermo, se había hecho llevar en su lecho á la asamblea, y solo la intercesión de Abu Bekr le libra de ser maltratado por el impetuoso Omar. La contienda amenaza convertirse en lucha abierta, cuando de golpe se presentan en tropel nuevos grupos de creyentes. Son los hombres de la tribu Aslam, que moran en la jurisdicción de Medina; proceden de los Josa'a, parientes de los Koreisch, y tratados por el Profeta, durante los últimos años, con intencionada predilección: han volado al auxilio de sus amigos de la Meca tan pronto como han tenido noticia de lo que ocurría. Los jasadsch se ven, pues, en minoría; los mas prudentes de ambos bandos consiguen separar á los exaltados, y Abu Bekr puede ya recibir con toda tranquilidad nuevos homenajes.

No fueron muchos los que juzgaron conveniente seguir negando acatamiento al nuevo soberano. Se comprende que Ssa'ad no pudiera resignarse tan fácilmente al desengaño de verse arrebatado la victoria en el preciso momento en que la creía asegurada; desde entonces se mantuvo alejado, marchando despues á la Siria, donde murió en 637. Tampoco los haschimitas y sus amigos estaban muy satisfechos con el rápido giro que habían tomado los acontecimientos, no permitiéndoles siquiera la exposición de sus pretensiones. Consecuencia de la vacilación rencorosa de Alí fué que Abu Bekr se viera obligado á privar á Fátima de la herencia de los terrenos que el Profeta había poseído en Heibar y Fadak y que fueron declarados propiedad del Estado, siendo este otro motivo mas para que su esposo no pudiera avenirse con su desconsiderado rival. Solo cuando hubo muerto Fátima, seis meses despues, hizo Alí las paces con el gobierno. El anciano Abu Ssofyán encontró la ocasión propicia para hacer memoria de sí mismo y de sus Omniadas por medio de calculada resistencia, con objeto de que se procurara «ganar sus corazones»; ganóse el suyo fácilmente concediendo un mando importante á su hijo Yezid. En cambio los jasadsch expiaron su falta, si acaso se la puede llamar así, atestigüando de nuevo su antiguo patriotismo: el peligro que corrió el Estado poco despues, á causa de la revolución árabe, los encontró á todos ellos, como un solo hombre, en sus puestos; no eran gentes para desamparar por consideraciones personales la causa de la fe en momentos difíciles. Su espíritu

ritu de abnegacion salvó al Estado de Mahoma de la suerte que habia tenido el imperio de Alejandro Magno.

Pero solo mientras se mantuviese vivo este espíritu en los círculos preponderantes de la comunidad, podían evitarse las consecuencias funestas de un estado de cosas que acababa de producir tan graves dificultades. Dada la carencia de toda reglamentación del orden de sucesión al trono, no quedaba para el porvenir mas que el homenaje voluntario de las personas mas influyentes como único título de derecho en que pudieran apoyarse los soberanos, esto es, que el Estado islamita quedaba desde luego expuesto á las miserias y á los peligros que son inevitables compañeros de toda *monarquía electiva*. En parte, aunque muy pequeña, estaba compensada esta deficiencia por el sentido conservador á la par que independiente de los árabes, que podía acaso prestar acatamiento á una familia de príncipes especialmente respetada pero jamás someterse á una serie de advenedizos. Solo así se explica que en el no corto período de doscientos años del dominio universal árabe, únicamente dos veces se efectuara por medios violentos la trasmisión de la suprema dignidad á una nueva dinastía. Mas si de esta suerte estaba asegurada en cierto modo la continuidad de la forma de gobierno, quedaba, en cambio, casi siempre en situación dudosa y preñada de peligros la cuestión de personas, dada la gran fecundidad de las dos familias de los Omniadas y de los Haschimitas. En los primeros tiempos la sucesión al trono correspondió á los antiguos compañeros de Mahoma y luego á los que ejercían los cargos mas importantes en la corte y á los jefes superiores del ejército. Estos, sin embargo, no representaban solo sus propios intereses sino tambien los de sus familias y tribus. Cuando, pues, el particularismo de tribu de los árabes, solo temporalmente domeñado por el Islam, volvió á retoñar despues de haber pasado la soberanía á los Omniadas, particularismo de carácter completamente mundano, siempre que las dotes personales del príncipe reinante á la sazón no lograban contenerlo fueron repitiéndose en la mas vasta escena del mundo, al paso que se disminuía el vigor de la dinastía, los desórdenes que en la época preislámica habian hecho imposible en la misma Arabia la constitución de un Estado. A esto vino á agregarse otra circunstancia. Dada la natural preponderancia que en todo pueblo deficiente todavía en su civilización tiene la ancianidad sobre la juventud, eran tambien propensos los árabes á dar la preferencia en la elección del caudillo de su tribu á sus compatriotas mas ancianos, y así tambien, despues, la ancianidad en la familia concedía un derecho natural á la sucesión del trono; pero con esto estaba en inevitable contradicción el deseo no menos natural de todo príncipe de constituir heredero á su propio hijo. Posteriormente los turcos, con su peculiar predilección por la sencillez y el radicalismo del procedimiento, suprimieron esta contradicción,—hasta en nuestro siglo, como es sabido,—mandando cada nuevo sultan estrangular á sus hermanos menores al comenzar su reinado. A los califas árabes no se les ocurrió semejante idea, sino que cuando se encontraban en caso análogo, se contentaban con mandar prestar homenaje durante su vida al primogénito con exclusion de hermanos y tíos. Pero, naturalmente, esto solo fué practicable mientras la adhesión de los cortesanos y generales á la dinastía supo sobreponerse á los egoístas intereses del particularismo y á la inclinación á la intriga, esto es, durante no muy largo tiempo; y cuando al final del primer siglo del califato fué introducido desde la cristiana Constantinopla el horroroso eunuquismo, ya no tuvieron fin las cábalas y las conspiraciones en palacio.

Poco se pensaba en Medina en la posibilidad de tales futuras contingencias en medio de la satisfacción que se

sentía en la tarde del 8 de junio de 632 por haber constituido el nuevo gobierno. De todo lo que hubiese podido suceder, era la elección de Abu Bekr lo que mejor, ó tal vez únicamente, respondía á las exigencias de las circunstancias. Se habia estado acostumbrado á obedecer la palabra de Dios en el Corán y los mandatos del enviado de Dios: fuera de esto no habia ninguna otra autoridad. En vida de Mahoma siempre se habian nombrado los jefes militares para determinadas misiones, cumplidas las cuales regresaban á las filas de los creyentes sin mas derechos que cualquiera de estos. Así, pues, el que se encargara á la sazón del gobierno de la comunidad solo podía contar con la obediencia si en todo y para todo seguía con escrupulosidad las huellas del Profeta y procedía en todas ocasiones como se estaba acostumbrado á ver proceder á éste. La preferencia dada á Abu Bekr fué debida en definitiva á que él, segun habia dicho Omar en la asamblea electoral, habia sido nombrado por el mismo Profeta como su representante para presidir las oraciones en la mezquita: cierto que la oración era lo principal de la religion, pero mas fácil era hacer que siguiesen entonces á ella los demás asuntos de la comunidad que crear una nueva autoridad, que no hubiese tenido á su favor, siquiera en apariencia, una disposición del propio Profeta en que apoyarse. No era, sin embargo, una nueva autoridad la representada por la persona de Abu Bekr; éste seguía siendo, si bien en sentido mas lato, lo que habia sido hacia algunos dias, «el lugarteniente del enviado de Dios,» *khalifatu rasulil'ulláh*, pues no significa otra cosa el simple título de califa. Las ideas fabulosas de ilimitado poderío y de magnificencia que aun hoy dia, con infantil apreciación, nos presentan al califa de Bagdad en parangón con el emperador y el Papa, no alteran en nada el concepto verdadero de «lugarteniente del islamismo.» Ciertamente es que con el transcurso del tiempo cambian los sucesos la significación de los nombres, y aunque ya el sucesor de Abu Bekr creyó conveniente aumentar la creciente magnificencia del jefe de la comunidad añadiéndose el nuevo título de *emir al mumenim*, «caudillo de los creyentes,» el modesto nombre de califa adquirió, sin embargo, á los ojos de los príncipes del Islam una importancia cada vez mayor, importancia que aun en el dia aconseja al sultan de los turcos conservar con interés este título, que sus antepasados se apropiaron desde hace siglos por una ficción jurídica.

El que en tierra mahometana es reconocido como representante del enviado de Dios, reúne en sí la dignidad de cabeza temporal y espiritual. Ya se explicó suficientemente en su lugar cómo la situación de la Arabia obligó al Profeta á constituir su iglesia dándole al propio tiempo carácter de Estado; hemos visto tambien que no existe en el Islam una diferencia fundamental entre los mandamientos religiosos y la legislación civil, y, finalmente, sabemos que patriotismo y confesión de la fe se confunden aquí. Así, no es el califa ni un príncipe temporal, á la manera que antes lo era el Papa en sus Estados de la Iglesia, ni cabeza espiritual, como ahora el rey de Sajonia en su calidad de obispo nacional de sus súbditos evangélicos; imagínese reunido el poderío de la jerarquía católico-romana con el carácter absorbente del Estado absoluto de Luis XIV, ó sea, un gobierno de comunidad como el establecido durante corto tiempo en Ginebra por Calvino, en Inglaterra por Cronwell y semejante al que subsiste aun en Rusia en teoría, y se tendrá una idea aproximada de los medios de que disponían los «lugartenientes del enviado de Dios.»

Ciertamente disponían de estos medios bajo condición muy determinada, y, sin embargo, tambien entonces dentro de ciertos límites. Si su dignidad no era la de reyes ó sacer-

dotes sino la mas elevada de *imanes* (1), que reúne en sí las facultades de ambas, por encima de los mandatos de los representantes de Mahoma estaba siempre la pura palabra de Dios, expuesta en el Corán á los creyentes como el mas seguro guia de la fe y de las acciones, y tambien lo que el Profeta habia predicado personalmente á los 'suyos de palabra y con el ejemplo. Por lo mismo, tan pronto como el califa hacia algo que se separase de esta norma, se ponía á los ojos de sus súbditos verdaderamente creyentes,—en cuanto estos eran capaces de raciocinio lógico,—en contradicción con aquella autoridad, única que le garantizaba la obediencia de su pueblo. Si mantenía con mano bastante fuerte el poder terrenal para seguir imponiendo la obediencia como *iman*, los piadosos y los celosos no podían á pesar de todo reconocerle, sino que debían aprovechar la primera ocasión para rechazar la influencia del descreído y traspasar el *imanato* á aquel cuyos derechos á la suprema dignidad parecieran mas justificados. De esta suerte, el ejercicio no interrumpido de la doble soberanía solo era posible mientras la gran mayoría de los musulimes abrigara la convicción de que el califa gobernaba en efecto exactamente segun la palabra de Dios y el ejemplo del Profeta. Pero hasta en este mismo caso el poder del califa tenia su límite en el amor á la independencia del pueblo vigoroso cuya susceptibilidad habia contemplado tambien Mahoma siempre que la habia creído compatible con los intereses de la fe, y de cuyas explosiones estaban tanto menos seguros sus sucesores cuanto mas se ensanchaba el círculo de los que á la confesión exterior de la fe unían las antiguas ideas mundanas.

En estos dos conceptos fué tambien la elección de Abu Bekr la mas feliz que podía haberse hecho. Así como en vida de Mahoma toda palabra del Profeta habia sido un evangelio para él, del mismo modo se esforzaba á la sazón escrupulosamente en imitar todo cuanto Mahoma habia dicho y hecho, convencido íntimamente de que obrando así, el éxito era seguro. Ya hemos visto cómo encontró fuerzas en su fe, hasta en el momento de mayor peligro, para apartarse de la resbaladiza pendiente de transigir con los beduinos sublevados, haciendo posible de esta suerte la sofocación incondicional del levantamiento. Pero mas importante que esto fué que su gobierno, ejercido de completo acuerdo con el espíritu y la palabra del Profeta, no ofreció en verdad asidero al mas caviloso y susceptible de los creyentes para la crítica ni siquiera para un piadoso desacuerdo. Así se acostumbraron los fieles insensiblemente á obedecer las órdenes del califa como tal, y de este modo Abu Bekr consolidó la nueva dignidad tan rápidamente que ya su sucesor pudo atreverse á hacer innovaciones en todos sentidos segun su propio parecer, siempre que no se oponían á prescripciones demasiado terminantes de Dios ó del Profeta. Pero no menos en su lugar estaba la tranquila reflexión de Abu Bekr cuando se trataba de ceder bajo la presión de circunstancias difíciles á la terquedad de los árabes, sin menoscabo de la dignidad del soberano. Omar, que con razón odiaba profundamente la repulsiva persona de Jalid, le habria dado mas de una vez su merecido por sus ignominiosas crueldades; pero Abu Bekr sabia que para la desesperada guerra árabe era indispensable «la espada de Dios,» y evitó chocar con la obstinación de aquel hombre violento, dejando prudentemente á salvo su autoridad.

Vemos así á Abu Bekr entre Mahoma, fundador del Is-

(1) *Iman*, «presidente,» es, en primer lugar, el que preside las oraciones de la comunidad en el servicio divino del viernes. Esto lo hacía en Medina el mismo Mahoma, y despues de él el califa reinante en el lugar de su residencia; así, pues, iman en su sentido mas estricto es la expresión propia del jefe legítimo de toda la comunidad islamita.

lam, y Omar, organizador del imperio universal, con iguales merecimientos que ellos, como el concienzudo, firme y prudente fundador del califato, que logró hacer reconocer por toda la masa de creyentes la dignidad de representante del enviado de Dios como la legítima continuación del ministerio del Profeta, y asegurar de esta suerte el porvenir de la fe. Por eso, no sin razón, llevan él y sus tres inmediatos sucesores, Omar, Othman y Ali, que se mantuvieron dentro de la situación legal creada por Mahoma, el honorífico título de *los califas legítimos* (2). En ellos está representada la época *patriarcal* del Islam. En especial Abu Bekr (que reinó desde el 8 de junio de 632 hasta el 22 de agosto de 634, años 11-13 de la Egira) y Omar (22 agosto 634-3 noviembre 644, 13-23 de la Egira), así en su manera de vivir como en el manejo de los negocios del Estado, que pronto adquirieron extraordinaria importancia, jamás se apartaron de aquella sencillez y naturalidad con que tambien Mahoma se habia esforzado en no chocar con el marcado sentimiento de igualdad de sus compatriotas. Abu Bekr, lo mismo antes que despues de su elevación al califato habitó su pequeña vivienda del arrabal y procuró ceñirse á sus modestos recursos personales, ya que ninguna disposición del Profeta le habia asignado retribución alguna; y aunque es posible que sean inventadas en su mayor parte las muchas anécdotas que circulan acerca de la modestia de Omar y de su dureza para consigo mismo, está fuera de duda que tampoco perdió nada de su antigua frugalidad al convertirse en soberano de un imperio universal. Subsistieron igualmente las mismas antiguas relaciones entre los soberanos y los demás primeros compañeros de Mahoma: estos rodeaban al califa como consejeros cuyo parecer sobre asuntos importantes era oído con la debida atención, pero sin necesidad de concederle una influencia decisiva en las resoluciones del «lugarteniente,» al cual habia pasado en opinión de los creyentes toda la plenitud del poder del Profeta. Precisamente esta relación de los primeros califas con los antiguos compañeros del Profeta fué de la mas alta importancia para aquella época: si exigía tacto extraordinario por parte de los primeros, era tambien de inapreciable ventaja para el gobierno que toda la autoridad moral del Islam se hallara concentrada en un solo punto, en Medina, y que hombres como Talha y Sobeir, convencidos de la necesidad de su permanencia en la capital, no ansiaran grandes mandos al frente de los ejércitos islamitas. Estos sin reparo alguno, y siguiendo el ejemplo del Profeta, podían ser confiados á hombres cuyas excepcionales dotes militares los hacían aptos para ello sin que, al propio tiempo, procediera su autoridad sobre los ánimos de los creyentes de otra fuente que del mandato en todo tiempo revocable del califa. Así se explica que de los generales de la época heroica islamita solo dos, Abu Obeida y Ssa'ad Ibn Abí Wakkas, ambos leales y sin peligrosa ambición, procedieran de entre los íntimos del Profeta, y así se explica tambien que un hombre de carácter tan egoísta y violento como Jalid depusiera sin vacilar el bastón de mando, en el momento crítico de la mas brillante victoria, cuando llegó á sus manos la orden de Omar que le destituía.

Si bien esta forma patriarcal de gobierno podría fácilmente haber producido malos efectos á no haberse encontrado la autoridad suprema en manos de hombres tan excepcionales, era, sin embargo, la única posible en aquellos primeros tiempos por las razones indicadas. Pero Abu Bekr, á la serenidad y abnegación indispensables para cimentar sobre semejantes bases la autoridad del califato en aquella época

(2) *Al-khulafá'ur-ráshidána*, «los califas que van por el camino recto,» esto es, que no se encaramaron al trono por medio de la usurpación, como los Omniadas.

revuelta, y a la firmeza que supo oponer a los peligros de la sublevación árabe, unía también la prudente previsión necesaria para asegurar la ininterrumpida continuación de su obra. A las penalidades de la vida con que tuvieron que luchar los primeros adeptos del Islam, había sucumbido prematuramente el mismo Profeta; las nuevas conmociones de la lucha desigual contra la rebelión acabaron también muy pronto con su más íntimo amigo; contaba como él apenas 63 años cuando le atacó su última enfermedad, una fiebre maligna. Al sentir Abu Bekr que se acercaba su fin, reunió por última vez en torno suyo a los antiguos compañeros; hallólos dispuestos a jurar que prestarían homenaje a aquel que él mismo les designara como su sucesor, y cuando hubieron prestado juramento designó a Omar. Con toda tranquilidad pudo cerrar los ojos poco después en el día 22 de Schumada II del año 13 (23 de agosto de 634), pues que dejaba bien asegurada en manos del gran campeón del Islam la obra a que inmediatamente después de sofocar la rebelión había consagrado todas sus fuerzas y las de su pueblo reunidas: la propagación del Islam más allá de las fronteras de la península, y, como él creía y anhelaba, hasta el fin del mundo.

CAPITULO II

LAS GRANDES CONQUISTAS

Sabemos que ya Mahoma había dado los primeros pasos para atraer también a la fe, después de los árabes, a los demás pueblos y, en primer lugar, a los vecinos persas y bizantinos. Su carta al shah de Persia no dió ningun resultado, y los mensajes y reconocimientos hacia la Siria meridional si bien al principio solo condujeron a la derrota de Muta, después produjeron la adhesión de los distritos fronterizos hasta Aila. Para procurar desde allí otro serio avance hacia la comarca oriental del Jordan, estaba destinado el ejército que Mahoma había reunido junto a Medina en los últimos días de su vida. Abu Bekr, constante en su propósito de seguir exactamente en todo las disposiciones del Profeta, había mandado avanzar hacia el Norte aquellas tropas, a las órdenes de Osama, a pesar de la rebelión que ya amenazaba de las tribus de la Arabia central, —no sin hacerse tal vez, al propio tiempo, la reflexión de que sería conveniente ofrecer a los ansares pronta ocasión de olvidar léjos de la capital su derrota en la elección de califa.— Pero como era natural, la grave situación de Medina en medio de los beduinos rebeldes, impedía extender demasiado la expedición: así, dos meses después regresaba ya Osama sin haber hecho, a lo sumo, mas que una demostración contra la frontera bizantina. Ya hemos expuesto el rudo trabajo que desde entonces emprendieron las tropas en el interior de la Arabia, y a la sazón, después de incesantes combates durante nueve meses, se había restablecido el orden y dominaba de nuevo la fe sobre toda la península. Aisladamente quedaba aun mucho que hacer para que en todas partes quedasen regularizados por completo el servicio divino y la tributación, y solo poco a poco se acostumbraron las tribus, especialmente en los territorios más apartados, a marchar a Medina al llamamiento del califa para seguir al ejército. Acaso, a pesar del severo castigo impuesto a los remisos, habrían germinado con el transcurso del tiempo nuevas ideas de rebeldía en las duras cabezas de los árabes si Abu Bekr no hubiese enviado a las fronteras las fuerzas de que podía ir disponiendo a medida que se adelantaba en la dominación de los rebeldes, con el fundado convencimiento de que cada nuevo triunfo en el exterior, cada nueva noticia de una correría rica en botín, haría que diariamente mostraran mayores deseos de

tomar parte en tan lucrativas empresas las tribus del centro y del Sur de la Arabia, tan rencorosas, por lo demás, como siempre contra sus dominadores. En la política guerrera, tan atrevida y consecuyente como previsor, que desde sus primeros pasos deja muy atrás las vacilantes tentativas del anciano Profeta, veríamos desde luego la mano del siempre activo y emprendedor Omar si no estuviese ya expresamente demostrado que Abu Bekr, en esta materia, solía seguir el consejo de su más joven compañero. En todo caso, esta política constituía la indispensable segunda parte de la sofocación de la rebelión: solo en los campos de batalla de Persia y de la Siria se fundieron vencedores y vencidos de Bosaha, del «jardín de la muerte» y de Yemen, en aquel poderoso ejército que con irresistible acometida sacó de quicio a medio mundo. Así, también en este punto el destino hizo que coincidieran los móviles políticos con el mandato divino de combatir a los infieles donde quiera que se les encontrara.

En dos imponentes oleadas se desparramó, a manera de tempestuoso torrente, la conquista árabe sobre el Oriente y el Occidente. La primera, desencadenada entonces precisamente por mandato del califa, inundó la Persia hasta el Oxo, la Siria, la Mesopotamia, la Armenia y parte del Asia menor hasta cerca de Constantinopla, el Egipto y el límite Norte de Africa hasta más allá de Cartago, y solo fué detenida por los disturbios intestinos que estallaron en los últimos años del reinado de Othman (24-35 = 644-655). La primera guerra civil (35-41 = 655-661) no solo imposibilitó todo nuevo avance sino que produjo, como era natural, pérdidas en mas de una de las fronteras ganadas; y el nuevo desarrollo de la política de conquista que Mohawiya (41-60 = 661-680) emprendió después de restablecido el orden, quedó de nuevo paralizado por la segunda guerra civil, suscitada después de su muerte (60-80 = 680-699). Pero luego que Abdemelik (65-86 = 685-705) hubo asegurado por fin el dominio de la dinastía Omíyada, la nacionalidad árabe en el poderoso reinado de El-Walid (86-96 = 705-715) inunda en una segunda oleada países y pueblos en el Oriente hasta más allá de las fronteras de la India y del Turquestan, en el Norte hasta el Cáucaso y los muros de Constantinopla, y en el Occidente hasta el Atlántico y el interior de Francia, donde solo la detiene Carlos Martel en la batalla de Tours y Poitiers (114 = 732). Con esto el gran movimiento había llegado ya al punto culminante: nuevas y mas grandes discordias intestinas paralizan la fuerza de la dinastía, y entonces el espíritu nacional del pueblo persa, que despierta de su profundo letargo, comienza su sorda pero incesante lucha contra la dominación árabe, lucha que está destinada a terminar con la ruina de ambos pueblos.

El alma de las primeras grandes guerras de conquista y el organizador del imperio universal que con ellas se formó y del pueblo bárbaro de la Arabia, hasta allí despreciado por todas las naciones civilizadas, fué Omar. Lo que se logró todavía en los primeros años de Othman fué aun el efecto del impulso dado por aquel: el débil sucesor del gran califa no tuvo en ello participación alguna, los generales que todavía ganaron algunas victorias eran casi todos hombres elegidos por Omar. En Medina, de la cual salió solo una vez por corto tiempo para reglamentar personalmente en la conquistada Jerusalén los asuntos de la Siria, residía el poderoso califa, como centro del cual irradiaban en todos sentidos las expediciones guerreras, ora conteniendo con fuerte mano a sus generales, ora excitándoles y siempre vigilándoles seriamente, sin paralizar por eso su actividad con arbitraria inmixción en los detalles de la dirección de la guerra, pesando cuidadosamente las fuerzas de que cada uno disponía

y refrenando el ímpetu celoso de los hijos del desierto, cada día más temerarios por los triunfos obtenidos, hasta dejar asegurada cada nueva conquista por medio de la construcción de fuertes y pacificación de los habitantes; y a todo esto, mas previsor que generoso con los vencidos, que como infieles no merecían conmiseración, organizando los territorios conquistados de tal manera que tributaran abundantemente, tanto para el Erario como para los musulimes en particular, y fueran mantenidos en orden por sus guarniciones árabes. Como es natural, en estas guerras no se trataba con mucha blandura a los enemigos. El «mataba (los hombres aptos para las armas) y se llevaba prisioneros (las mujeres y los niños)» es hasta en los historiadores árabes el constante y triste estribillo de los relatos de toda violenta conquista de un lugar fortificado. Pero esto sucedía entonces generalmente en todas partes, y tanto más blando era el trato de los que se entregaban voluntariamente. Con excepción del sanguinario Jalid, ningun general árabe, que sepamos, manchó su escudo con sangre inocente, y aquellas sistemáticas y bárbaras devastaciones de comarcas enteras a que paulatinamente se habían acostumbrado persas y bizantinos, durante sus seculares y enconadas enemistades, fueron siempre extrañas a los árabes. Duros hasta la inhumanidad donde lo consideraban necesario, pero por otra parte poseídos de indolente y despreciativa tolerancia hacia los vencidos, en general han causado mucho menos daño a los magníficos países que fueron su presa que, posteriormente, los turcos o los mogoles.

Procuraremos en la descripción de esta inmensa catástrofe seguir una a una las grandes campañas de conquista en todos sus detalles, pero creemos conveniente dedicarle una ojeada general por orden de fechas, la cual podrá dar una idea de la increíble rapidez de su propagación casi simultánea en todas direcciones. Bajo la dominación de Abu Bekr empezaron los primeros avances hacia la Palestina meridional y las tierras bajas del Eufrates, donde ya en el año 12 (633) fué ocupada temporalmente Hira. En el reinado de Omar fué conquistada Damasco (14-635), ganada toda la Babilonia con Ctesifonte, capital del reino persa, y asegurado el territorio hasta las montañas medas (16-637); se tomaron también las importantes fortalezas sirias (17-19 = 638-640) y, al propio tiempo, fueron sometidos la Mesopotamia y el Chusistan. En los años 19 y 20 (640-641) tienen efecto la conquista de Egipto y la ocupación de Mosul, que resguarda a Mesopotamia hacia el Norte; el año 21 (642) ocurre el asalto de Alejandría, con el avance hacia el Oeste hasta Barea (Cirene), y, además, después de traspasada la sierra fronteriza medopérsica, la caída del último principal baluarte del poderío persa en Nihawend; en el año 22 (643) se asegura el terreno ganado de este modo hasta Rey (Teheran) hacia el Norte, penetrando hacia Aderbidyan (Armenia persa), y se toma a Trípoli en el Norte de Africa; en el año 23 (644) hallamos dominado, además de la fortaleza ya antes flanqueada de Hamadan (Ecbatana), a Ispahan y alcanzada en el Nordeste la frontera del Corasan. Así Omar, hacia el fin de su vida, dominaba, además de la Arabia, el Nordeste del Africa y el Egipto, la Siria, Mesopotamia, Babilonia y la mitad occidental de Persia, ó sea una extensión territorial casi equivalente a las de Alemania y Austro-Hungría reunidas. Mientras que a principios del reinado de Othman se rendían el territorio de Cartago (27-648) y la isla de Chipre (28-649), solo se mantenía el rey Isdegerdes en el Sur y en el Este de la Persia, hasta el año 29 (650), cuando la caída de Istahar (Persépolis), la antiquísima capital del primitivo territorio persa, abrió a los musulimes las puertas de las demás provincias del reino. Después, en el año 30 (651), se extendió la

dominación del Islam desde el Oxo hasta más allá de la gran Sirte, en una extensión total que equivalía aproximadamente a la mitad de Europa.

Representando estas conquistas una revolución profunda como el mundo no había visto con tal extensión y rapidez desde los tiempos de Alejandro, es natural que se imponga fuertemente el deseo de averiguar las causas que hicieron posibles esos inmensos triunfos. Alejandro Magno destruyó con la cuña de su férrea falange las torpes masas de los ejércitos persas, y, al revés, los germanos en su irrupción pudieron con la inmensa superioridad numérica de sus vigorosos cuerpos aplastar los ejércitos todavía armados y dirigidos con arte del decadente pueblo romano; pero aquí la masa y la superioridad en armamento y arte militar estaba de parte de los griegos y de los persas. Cierto es que carecemos de datos suficientes para fijar siquiera con aproximada seguridad el número de los combatientes que la Arabia islámica envió contra los infieles del Oriente y Occidente, pues si bien parecen ser hasta cierto punto fidedignas las cifras que nos han sido transmitidas referentes a los primeros ejércitos, no conocemos en manera alguna la importancia de los refuerzos que indudablemente debieron de ser enviados de cuando en cuando desde la Arabia a los diversos teatros de la guerra, para llenar los huecos que, en parte, debían haber hecho batallas muy sangrientas y más todavía las guarniciones que cubrían los territorios conquistados, en el contingente de tropas disponibles para continuar el avance. Carecemos asimismo de toda base segura para hacer cálculos estadísticos. Teniendo en cuenta que el contingente de guerra del ejército alemán equivale aproximadamente a $\frac{1}{30}$ de la población total, podríamos admitir que en un vigoroso pueblo virgen había de tomarse por base algo más, ó sea $\frac{1}{20}$; de este modo, si calculamos en el triple de esta última cifra la generación que se levantaba durante los veinte años de guerra, y aceptamos que la Arabia entonces (como aun hoy día según cálculo superficial) tenía 5.000.000 de habitantes, resultaría un contingente militar para todo el país de 250.000 hombres, y, aproximadamente, de 1.000.000 el total empleado para las campañas de conquista desde el principio hasta el fin. Con esto concordaría bastante que en el año 36 (657) ascendiera a 150.000 hombres el conjunto de tropas que tomaron parte en la batalla de Siffin, procedentes de Siria, Mesopotamia, Babilonia y de algunas partes de la Arabia y de la Persia, si, a lo menos, se tiene en cuenta que los conquistadores se habían multiplicado con desproporcionada rapidez en los primeros tiempos en las nuevas provincias. Todo este cálculo no deja de ser muy arbitrario; pero si se considera que, según todo lo que sabemos, los musulimes apenas tenían en pie de guerra 80.000 hombres fuera de la Arabia en el año 15 (636), en este caso se deben suponer esas cifras más bien elevadas (1) que disminuidas y considerar como bastante seguro

(1) El que sea aficionado a las cifras elevadas puede obtenerlas en otra forma, pero en todo caso con ayuda de la complaciente estadística. Entre nosotros corresponden a cada mil cabezas de población unos doscientos hombres de la edad de 20 a 50 años; de este modo tendríamos para cinco millones de árabes un millón de esa edad apta para las armas. De esa cifra, sin embargo, habría que deducir no solo los inválidos sino todos los esclavos, los judíos, los cristianos, los caídos en las luchas entre árabes y todos los demás que, con cualquier pretexto, no obedecían el llamamiento, que no se hacía igualmente obligatorio a todos por medios coercitivos directos del Estado. Para fijar todas estas categorías carecemos de toda clase de datos, si bien hay cierta probabilidad de que entre dos pueblos de instintos guerreros, presuponiéndoles casi igual esfuerzo para la resistencia, se pueden en cierto modo compensar las diferencias de su modo de estar constituidos, su manera de vivir, sus costumbres, etc. Pero vuelvo a repetir que semejantes datos son todos arbitrarios y que el indicado en el texto solo es recomen-